

EL REINO DE DIOS: UN BANQUETE UNIVERSAL

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia, para el 28º domingo durante el año B (12 de octubre)

I. Dios invita a todos los pueblos al banquete de su Reino

1. La parábola del rey que celebra el banquete de las bodas de su hijo (Mt 22,1-14), Jesús la pronuncia en el mismo escenario de los dos domingos anteriores. Está en el templo y se acercan los sumos sacerdotes y los ancianos para pedirle cuenta con qué autoridad ha echado a los vendedores (Mt 21,23). Son tres parábolas conectadas por una misma situación, con las que Jesús cuestiona la negativa de éstos a convertirse. Pero en la parábola de hoy enseña un nuevo aspecto del Reino de los Cielos: que la negativa a aceptar la invitación al banquete no altera la voluntad de Dios, y es ocasión para que él acelere la invitación a todos los hombres.

2. En San Mateo, la parábola del banquete de bodas incluye una segunda: la necesidad del vestido de fiesta para entrar a él (Mt 22,11-14). El evangelista San Lucas, que también trae la parábola del banquete, la concluye con la invitación a todos (Lc 14,16-24). Lo cual nos hace pensar que Mateo unió dos parábolas con la figura del banquete, por necesidad de la comunidad cristiana, primera destinataria de su escrito. En ella existían cristianos que se ufanaban de su fe en Dios, y con ello se sentían liberados de tener que vivir conforme a ella. Volvía a repetirse así en los cristianos el drama de los jefes judíos, satisfechos con una religión formalista que no implicase un cambio de vida. Entonces Mateo les advierte: "¡Cuidado! No basta entrar al banquete. Jesús también nos enseña que es preciso tener el traje de fiesta".

3. La liturgia de hoy apunta sobre todo a la invitación al banquete del Reino extendida a todos los pueblos. Lo sugiere la lectura del profeta Isaías (25,6-10): "*El Señor de los ejércitos ofrecerá a todos los pueblos sobre esta montaña un banquete de manjares suculentos, de vinos añejados*" (v.6). El profeta anuncia muchas veces que el amor de Dios por Israel alcanza a todos los pueblos, y que un día se hará patente: "*Sucedirá al fin de los tiempos que la montaña de la Casa del Señor será afianzada sobre la cumbre de las montañas. Todas las naciones afluirán hacia ella y acudirán pueblos numerosos*" (Is 2,2-3; cf 56,6-8; 60,11-14). Pero lo que hasta entonces era profecía, con Jesús comienza a cumplirse.

II. El Domingo de las Misiones y la conciencia misionera

4. El Evangelio coincide con el segundo domingo de octubre, dedicado a orar por las Misiones y a una colecta por ellas. Entendemos por "Misiones" los pueblos que todavía no han escuchado el mensaje evangélico. Sobre todo, muchos pueblos de Asia, África y Oceanía. No podemos ser indiferentes a esta situación. Un día, otros cristianos escucharon el mandato del Señor: "*Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos*" (Mt 28,19), y llevaron la fe cristiana a los pueblos de nuestros abuelos, y, gracias a ellos, nos llegó el don la fe. También nosotros debemos escuchar el mandato del Señor, y hacer todo lo posible para que el regalo de la fe llegue a los pueblos que no la conocen.

III. La Argentina, ¿país de misión?

5. Sin embargo, las fronteras del paganismo hoy no coinciden con fronteras geográficas. Recuerdo que, en 1946, una carta pastoral del Cardenal Suhard, arzobispo de París, conmovió la conciencia católica: "Francia, ¿país de Misión?". Hoy nos preguntamos lo mismo de la "Argentina. Y no ya para no pensar más en los pueblos que nunca escucharon el mensaje de Cristo. Sino porque si no somos evangelizados en profundidad, mal podremos evangelizar a otros pueblos.

6. Jesús también vio que Israel era "país de misión": *"Al ver a la multitud, tuvo compasión, porque estaban fatigados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor" (Mt 9,36)*. Por eso ordenó orar *"al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha" (v. 38)*. Y luego llamó a los discípulos, eligió a Doce, los instruyó y los envió con este mandato: *"No vayan a regiones paganas... Vayan a las ovejas perdidas del pueblo de Israel. Por el camino proclamen que el Reino de los Cielos está cerca" (Mt 10,6-7)*. Antes de darles el mandato misionero universal: *"vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos" (Mt 28,19)*, les dio el de misionar a Israel. Pues si bien había sinagogas y escribas a profusión, eran malos pastores que, en vez de reunir al rebaño, lo dispersaban: *"Recorren mar y tierra para conseguir un prosélito, y, cuando lo han conseguido, lo hacen dos veces más digno de la Gehena que ustedes" (Mt 23,15)*.

IV. ¿Por qué hay católicos que dejan la Iglesia?

7. ¿Qué ha sucedido para que las fronteras de la incredulidad hayan ganado a países considerados tradicionalmente cristianos? ¿Por qué no pocos abandonan la Iglesia católica y se pasan a otros movimientos religiosos? ¿Es debido sólo a fenómenos externos a ella? Hasta no hace mucho, responsabilizábamos al imperialismo norteamericano que fomenta las sectas para dividir a América Latina y así dominarla más fácilmente. ¿No habrá en nosotros, fieles y pastores, algún factor interno, una falla en la vivencia cristiana, que fomente esa defección? Los Obispos latinoamericanos, reunidos en Aparecida, diagnosticaron el problema: *"Según nuestra experiencia pastoral, muchas veces, la gente sincera que sale de nuestra Iglesia no lo hace por lo que los grupos "no católicos" creen, sino, fundamentalmente, por lo que ellos viven; no por razones doctrinales, sino vivenciales; no por motivos estrictamente dogmáticos, sino pastorales; no por problemas teológicos, sino metodológicos de nuestra Iglesia. Esperan encontrar respuestas a sus inquietudes. Buscan, no sin serios peligros, responder a algunas aspiraciones que quizás no hayan encontrado, como debería ser, en la Iglesia"*.

8. El problema de la defección de los católicos merece ser examinado más a fondo. Es fomentada de muchas maneras: por el formalismo religioso, la banalización de la pastoral popular y de la devoción mariana, la falta de preparación para la predicación y la catequesis, y el olvido del mandato de Jesús: *"Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos"*.

9. Oremos al Señor para que bendiga y fortifique a los misioneros que trabajan en pueblos lejanos, nos abra los ojos del espíritu a los que vivimos en un pueblo llamado cristiano, suscite en nuestros corazones el deseo de recibir el Evangelio y no dé el impulso para llevarlo a quienes no lo conocen. Ahora renovaremos nuestras promesas bautismales, y nos comprometeremos a la Misión, según nos pide el Arzobispo.

Mons. Carmelo Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia